

Hécate: el látigo y el mal

Elsa Torres Garza

Aquel que rehuendo al matrimonio y la preocupación penosa de las mujeres, no tome esposa, si llega a la vejez abrumadora sin hijos, se verá privado de los cuidados que se tienen con los ancianos (. . .) Por lo que respecta a aquel a quien la Moira haya sometido al matrimonio; aunque tenga una mujer casta y adornada de prudencia, no se mezclarán menos en su vida el bien y el mal; pero por lo que respecta a quien se haya casado con una mujer mala por naturaleza, tendrá en el pecho un dolor sin fin y su alma y su corazón serán presa de un mal irremediable.

Hesíodo

En el origen era la mujer. . .

Como receptáculo de la vida, la mujer ocupa un sitio singular y paradójico dentro de la órbita humana. Su presencia es temible y misteriosa; su belleza, subyugante. Ella baña con su influjo las cosas, los entes mismos están impregnados de su aura; es madre, casa,

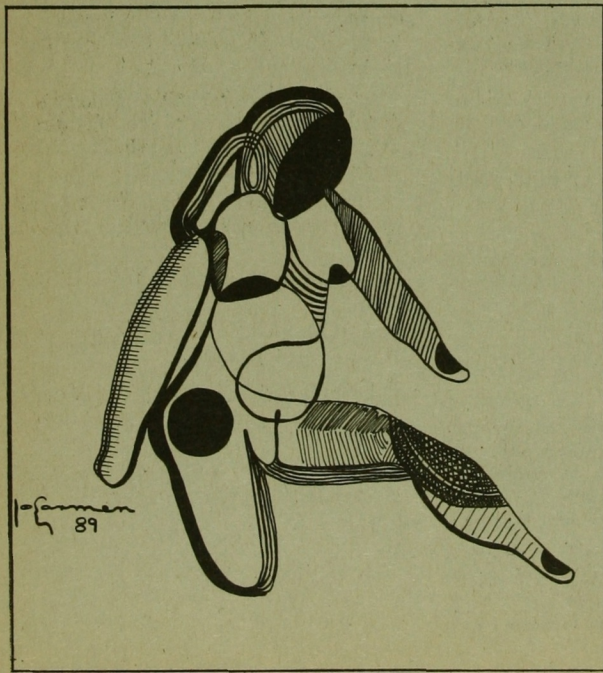
agua, y es también muerte, luna, bruja. . . Para su solaz y goce vital engendra en su vientre a los hijos de la Tierra y los acuna en su regazo. Colma al planeta con su fertilidad.

Perpetuadora de la especie, da la vida, y con ella, también, da la muerte que nos torna discontinuos. Así, ora es madre acogedora y tierna, fértil y vigorosa, ora es madre terrible, que todo lo engulle y aniquila: Hécate.

La naturaleza imprime a la mujer un perfil singular. Los hombres ante ella no dejan de sentir fluir en sus entrañas la sangre ancestral, la animalidad, la prehistoria.

En la esfera antropológica, la mujer constituye el principio pasivo de la naturaleza, pero en el mundo mítico es la sirena, lamia o ser monstruoso que encanta, seduce y aleja de la acción. (Ulises es retenido por Calipso en Ogiya, isla donde ha de olvidar Itaca y devenir inmortal). Todas las alegorías que personifican a la mujer nos brindan estas formas esenciales; tanto es así que resulta imposible negar que le corresponden. Como imagen arquetípica es compleja y puede ser sobredeterminada de forma jerárquica, como representante de la ciencia y la suma virtud: Sofía, María, Lucía; como imagen del ánima: Beatriz, quien está por encima del hombre y constituye su parte más pura; como instinto y pasión (padecer): Eva y Elena lo arrastran hacia lo perecedero, enmascarado e infiel. Emparentada con lo informe, posee el tutelaje de las aguas y del inconsciente; en cuanto a su filia con lo terrenal y visible, simboliza tanto la más elevada ciencia como la más profunda ignorancia e inmediatez de los instintos. Así, aparece envuelta en un halo luminoso, o bien subsumida en la oscura animalidad. Ante todo, lleva consigo un estigma temible, cimbrante y definitivo: la muerte.

La mujer da lugar a numerosas representaciones de una especie de naturaleza maligna, peligrosa o devastadora. Aparece siempre entrelazada a fuerzas mágico-religiosas, en tanto es erigida como tabú. Las mitologías le atribuyen tanto los rasgos nobles como los viles: es temida y respetada porque su fuerza es avasalladora. Una anciana advierte a Nietzsche-Zarathustra que cuando fuere con mujeres no olvidara el látigo: para hacerle frente a la mujer habrá que dominarla con su propia arma (látigo que portan las deidades malhechoras de la antigüedad clásica), atributo por excelencia de la madre terrible.



Aquí se invita a recorrer y disfrutar, con otros ojos, algunos pasajes literarios donde la mujer mala tiene el papel protagónico. Los rasgos del mal son múltiples, y tratándose de su héroe femenino, un caudal de figuras carnavalescas pasa frente a nosotros.

¿No es el mal, en el fiel de la balanza, un elemento imprescindible?, ¿y al ser muchas veces asignado a las mujeres, no cumplen ellas un papel necesario? Si sólo el bien reinara, la vida sería ciertamente una utopía: irrespirable. El mal es lo activo que se nutre de la energía, afirmaba William Blake, o sea, la energía del cuerpo que procede del cuerpo, y sólo de él. Por la energía existe el movimiento. El mal se relaciona plenamente con el exceso, con la turbulencia desnuda de la naturaleza, con aquella potencialidad de la vida que impulsa al hombre a ser más de lo que puede; aunque el orgullo titánico sea expiado en el Tártaro los mortales vislumbramos, en un relámpago, la grandeza de nuestro espíritu; en esa medida el mal es vital.

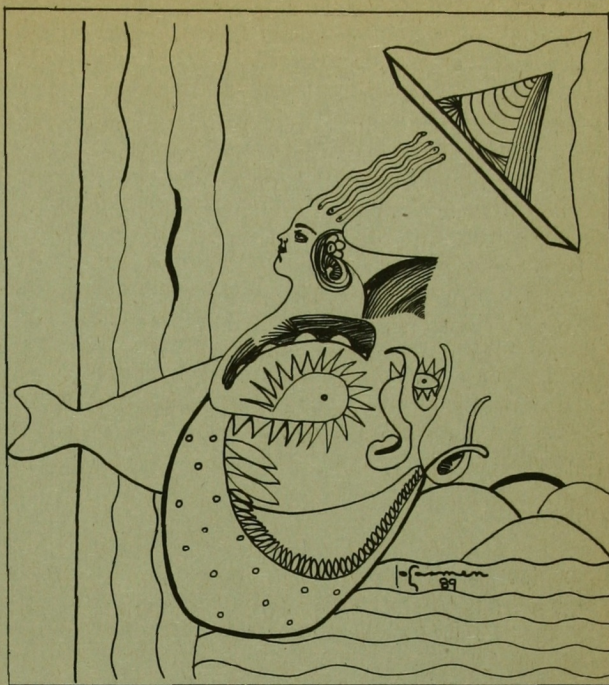
“Una parte del ser es prolífica —escribía Blake—, la otra devoradora, ésta cree que tiene encadenada a la prolífica, pero no es así; sólo domina algunas partes de la existencia y se imagina que la posee entera. La parte prolífica dejaría de serlo si la devoradora, como el mar, no absorbiese el exceso de sus delicias. . .”

Si el ser maligno de las fuerzas femeninas se destaca se debe a que la mujer inspira imágenes maléficas y aterradores. Que nadie se digne privarla de su dosis demoníaca, negarle su resplandor enigmático. Por el contrario, en su persona se cierne un poder: tratar de enfrentarlo para combatirlo, implicaría desfeminizar el mundo, y con ello, despojarlo de su ser más esencial y libre de abstracciones. Lo que realmente seduce es que su portentosa presencia se manifiesta en imágenes inolvidables, nunca intrascendentes y lo suficientemente dignas de ella. Entonces, podemos avocarnos al deseo y a la locura de exponer algunas.

El látigo

La maldad no ata ni desata desgracias, sólo es consecuencia, pura actividad. Hermana del mal, ejerce su poder sin más finalidad que la de ejercerlo. Sin ella, la bondad parecería como una apagada sombra. Impregnada al alma de los hombres o bien latente en su alrededor, la maldad en el mundo es inminente y sus acciones insoslayables. Abunda en representaciones simbólicas, ya que su influjo abarca todas las esferas de la vida y en cada una de ellas sigue una órbita específica. No falta en ningún caso y cumple su misión con naturalidad y desenfado. Detrás de sus fatídicos rostros se trasluce la necesidad.

Hécate, por sobre todas las diosas, es la más venerada por Zeus Crónida; ella es la figura helena del mal; madre terrible y lamia devoradora de hombres, ostenta el látigo para señalar (entre otros atributos,



tales como el puñal) su poder y su dominio maléficos. Al igual que Proserpina o Perséfone, quien prefiere la compañía de Hécate a la de su esposo Hades, es una deidad lunar; representa la noche y los terrores que conlleva, ya que envía la locura, las obsesiones y el lunatismo. Posee el conocimiento de la brujería y de la magia (de ahí que Medea se vea asistida por la diosa): por sí sola, por ser ella misma la faz de la muerte, está por encima de las demás diosas; ni Atenea, quien nació de la propia cabeza de Zeus, completamente armada para la justicia ocupa, en la jerarquía de los dioses, un sitio tan excelso como Hécate.

¿Quién no teme a las Parcas?, ¿quién puede luchar contra el Destino despiadado?, ¿quién puede negar que ellas son inflexibles como roca? Nadie, absolutamente nadie; el mal que infligen consiste precisamente en que nada ni nadie puede escapar a ellas y permanecer inmune; el mismo Zeus les está sometido; gracias a su preeminencia dominan el imperio del Destino implacable y cruel. Se yerguen por encima de mortales e inmortales.

Cloto, Láquesis y Atropo van vestidas con blancas túnicas; en tanto Cloto está hilando con el huso el hilo de la vida, y Láquesis lo mide con la vara, Atropo, la más temible de las tres, está a punto de cortarlo.

Tisífone, Alecto y Megera, las Furias, diosas tutelares de Clitemnestra, desempeñan el mal para impartir justicia (esa función restablecedora de la ley que posee el mal); ellas castigan con sus agujones los crímenes de aquellos que desafían a la justicia pública. Así Orestes huye de su crimen perseguido por ellas.

Las furias son el remordimiento que aniquila y precipita a la demencia al criminal, al transgresor, aquel que osa franquear límites. La cabeza de las Erinias (como también se las denomina) está anidada de serpientes, y sus caras de perro, cuerpos negros, alas de murciélago son aterradoras, miran a través de ojos sanguinolentos. Como Hécate, ellas también empuñan látigos y atormentan a sus víctimas.

Todas las diosas tienen en sus manos el poder de decidir la suerte de cualquier mortal, tienen, indistintamente, la potestad del bien y el mal, son ellas las que intervienen en los momentos en que se transgreden las leyes divinas, son diosas vengadoras, y su crueldad es aliada del orden; acuden siempre al lugar del crimen para castigar al insensato con su látigo implacable.

El mal

Parricidio, matricidio, incesto, homicidio, suicidio, adulterio, venganza, tortura, persecución, infamia, todos males cometidos por mortales ante dioses soberanos.

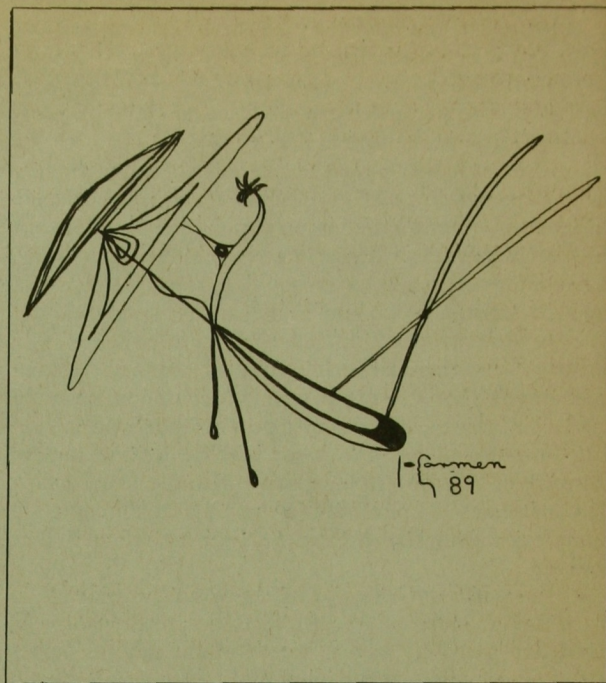
Gracias a un orden predeterminado como el que establece el mito, el mundo recibe su correlato atemporal. Para los mortales los dioses representan (como pensaba Mircea Eliade) el encuentro con una realidad transhumana que guía los actos confiriéndoles una significación especial.

En la tragedia griega tanto los héroes como las heroínas están sometidos a los dioses por leyes inexorables, tales como la fatalidad; cualquier movimiento del espíritu tiene repercusiones en el plano sagrado, es decir, cósmicas. Nada de lo que hagan será falaz; crimen que cometan, crimen que habrán de purgar ineludiblemente. Ningún acto humano se fuga de Zeus.

Algunas heroínas de la tragedia helena presentan rasgos turbios en cuanto a su nobleza o su vileza.

En *Las Traquinias* de Sófocles se nos presenta una idea del castigo impuesto a un acto aparentemente inocente, pero de consecuencias terribles para el que lo comete: El deseo actúa aquí, subrepticamente, ocasionando el mal: la joven Deyanira, al querer recobrar el amor con afán desmedido, causa incautamente la muerte a su esposo Heracles; Deyanira acaba suicidándose.

La nocividad del último recurso de Deyanira para recuperar el amor (la túnica fatal que Neso la regalara años atrás diciéndole que con ella recuperaría el amor de Heracles) consiste en su carácter de embrujo. Aunque ella no conociera el efecto terrible que produciría su artimaña, la magia actúa sin miramientos, y quien recurre a hechizos y encantamientos no deja de invocar al mal. La magia tiene la potestad de hacer el bien y el mal. Esa túnica fatal que envolvió a Heracles produciéndole dolores desgarradores lo liberó a su vez de



sus penosos trabajos. Sin embargo, el mal insiste en manifestarse y el fin de Deyanira no deja de ser patético como recompensa a sus celos y su ternura indómitos. A despecho de su flaqueza en sumo humana, sus raptos y su malhadada suerte son atravesados por un mal aciago.

“¡Oh Zeus! ¿Por qué dispusiste que las mujeres vieses la luz del sol, si son cebo engañoso para los hombres? Si deseabas que éstos se multiplicasen, no debías haberlas creado, sino que ellos en sus templos, pesando el oro, o el hierro, o el bronce, comprasen los hijos que necesitaran, pagando el justo precio de cada uno, y que viviesen en sus casas libres de femenil compañía.”

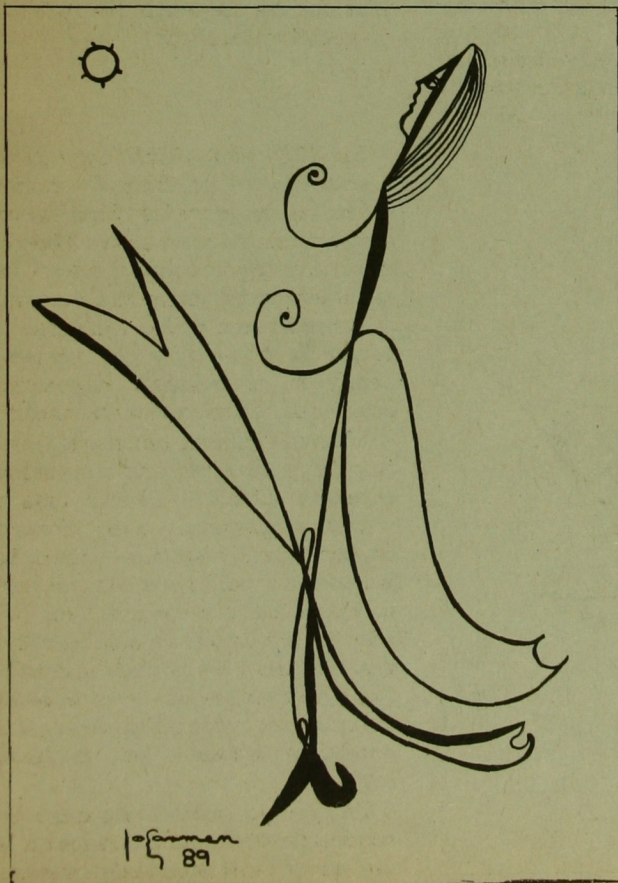
Estas palabras puestas en boca de Hipólito, en la tragedia del mismo nombre, de Eurípides, son ejemplares de la misoginia, pero, además, son imprecadas a la mujer de perniciosas intenciones que quiere robarle su castidad —ofrenda para Artemisa—; Fedra, su madrastra, quiere, enfermizamente, poseerlo a costa de todo, arrastrada a tal punto que no vacila en calumniar a su hijastro.

El amor ilegítimo de Fedra busca expresarse aunque sea por la vía de la calumnia; tras de darse su propia muerte, hace recaer sobre Hipólito la culpabilidad de una deshonra que no cometió. Fedra es figura emblemática de la desafortada maldad que puede desencadenar el amor estigmatizado. Es descarnada, y sus actos violentos no dejan de cimbriar a cualquiera. Rompe las leyes de las costumbres y de los afectos con los rasgos de una feminidad violenta.

Mujer subyugante es Medea; su figura es imponente, ya que es la hechicera poderosa y devastadora; ella

ayuda a Jasón y a los argonautas a vencer al dragón guardián del Vellocoino de oro; ella rejuvenece a Aesón apoyada por Hécate y Tellus, a través de sortilegios y cirugías impresionantes por su procedimiento; pero también es ella la que después de haber ayudado a Jasón en todos los trances peligrosos de su aventura e incluso abandonado su reino para seguirlo como esposa, es abandonada. Jasón pretende casarse con Creusa, princesa de Corinto. Medea arde en cólera. Envuelta en una maraña de sentimientos pide ayuda divina y, asistida por sus diosas tutelares, manda una túnica emponzoñada a la novia y mata con vigor inaudito a sus hijos. Sin embargo, y para hablar sin ambages, todo este mal, aparentemente injustificado, refracta la ley. Todo el apego de Medea a Jasón, toda su vida cifrada en el triunfo del otro, en la heroicidad del otro, no puede ser impunemente traicionado. ¡Sí! Medea mata a sus hijos, y esto, no cabe duda, es un crimen sin par. Mas la traición puede llegar a ser aún más devastadora, porque aquel que la comete invalida la historia y los rasgos determinantes de toda una vida. La escaldadura que deja en el cuerpo y en la conciencia es profundamente dolorosa.

El bien y el mal, ejercitados en quien domina los poderes, producen un efecto capital; ya sea en uno u



otro caso manifiestan su soberanía, su necesidad y su tarea ineludible. No constituye un hecho hueco el que Medea, una vez que ha cometido todos sus crímenes y prendido fuego a su palacio, se encuentre ante Jasón pálido diciéndole: “¡Oh rabia! Mujer odiosa, mujer la más detestada de los dioses, de mí y de toda la especie humana, que ha osado hundir el puñal en el corazón de tus propios hijos, en los mismos que diste a luz, y me dejas huérfano, y ves la tierra y el sol a pesar de tu impiedad maldita. . .” Mas ella le contesta, dejándonos inciertos en nuestro juicio: “Largamente replicaría a cuanto acabas de decir, si el padre Zeus no conociera los beneficios que de mí has recibido y tu negra ingratitud. El destino no podía permitir que, despreciándome tú y tu real cónyuge viviérais felices, insultándome ambos, ni tampoco que Creonte, que te dio la mano de su hija, me desterrara de aquí impune. Si te agrada llámame pues, leona, Scilla que habita la costa Tirrena, pues te he herido en el corazón como merecías.”

La justicia, nuevamente, se manifiesta a todos los vientos, como el MAL, impulso que marcha a contracorriente del bien, que es la racionalidad y la duración, el ámbito donde las pasiones no tienen cabida. En toda su plenitud el mal es manifestado por la tragedia. Ella muestra la importancia de la transgresión. El mal expresa en todos los casos el dolor o la cólera ante lo que trata de arrebatar el bien, en su afán mediador y pacificador de los sentimientos más impetuosos. El mal, en suma, es rebeldía que no puede ser domada, es violencia soberana sin la cual quedaríamos mutilados; es, como dice Bataille, “arrebato de divina embriaguez que el mundo de los cálculos no puede soportar”. *Jm*

Bibliografía

- Andreas Salomé, Lou, *El erotismo*. Barcelona, José J. Oñaleta, 1983
- Bataille, Georges, *El verdadero Barba-azul. (La tragedia de Gilles de Rais)*. Barcelona, Tusquets, 1972.
- Blake, William, *Poesía completa*. Barcelona, Orbis, 1986.
- Bowra, C.M., *Historia de la literatura griega*. México, F.C.E., 1983 (Colec. Braviarios, núm 1).
- Bulfinch, Thomas, *Mitología. Leyenda de dioses y héroes*. México, Latino Americana, 1975.
- Eliade, Mircea, *Mito y realidad*. Madrid, Guadarrama, 1967.
- Eurípides, *Tragedias*. México, UNAM, 1921.
- Graves, Robert, *Los mitos griegos*. Barcelona, Ariel, 1984.
- Hesíodo, *Teogonía*. México, Porrúa, 1976.
- Nietzsche, Friedrich, *Así hablaba Zaratustra*. Madrid, Alianza, 1972.
- Sófocles, *Tragedias*. México, Aguilar, 1976.